



El teatro de la vida

PERSONAJES

Un galán cinematográfico. Desdémona. Calderón. Peregrino. Esculapio. Enfermeros, enfermeras, aguadores, mozas de mesón, doctores, barquilleros y coros de la RAI.

DECORADO

Interior de una clínica. Una puerta situada en el lateral derecho se abre con tal violencia y estrépito que la onda expansiva vuelve a introducir en el ascensor a un paciente que se marchaba a su casa dado de alta y que ahora le acaban de subir al sexto (Incurables).

Sale el galán cinematográfico con gesto de indignación. En la mano porta un maletín; detrás marcha su representante; algo más retirados, diez fotógrafos; inmediatamente después, veinticinco "fans" de quince a sesenta y cinco años; más distanciadas, varias señoras andaluzas, a lomos de caballos ricamente enjaezados y ciegos por los volantes de las Amazonas que cubren totalmente sus ojos; cierra el desfile una brigada de limpieza del Excelentísimo Ayuntamiento.

GALAN (indignado).—El tratamiento que me hizo el doctor López Ibor no sirvió para nada.

DESDEMONA (que teje pacientemente un jersey para Otelo con una moderna máquina de tricotar).—Los tratamientos siempre valen para algo.

GALAN.—Una cura de sueño de veintiocho días, de donde salí completamente dopado.

CALDERON (cruzando de izquierda a derecha con un carrito de helados).—Que toda la vida es sueño, y los sueños, sueños son.

GALAN.—Pagué ciento treinta mil pesetas y no me trató López Ibor, sino uno de sus ayudantes.

PEREGRINO (dando vueltas por los pasillos sin encontrar el camino de Santiago).—¡Hombres de poca fe, creed sin ver!

DESDEMONA.—No, majo, que después nos la pegan.

La comitiva sale de la clínica. Algunos de los caballistas preferirán quedarse alternando en el bar de los enfermos menos graves, alrededor de una botella de manzanilla.

Una anciana se cruzará al entrar en el edificio con el galán, al tiempo de escuchar sus denuestos.

ANCIANA I.—Cuando se llega a mi edad, hija, las operaciones y los rosarios son el único consuelo que la queda a una.

ANCIANA II.—Y usted que lo diga.

ANCIANA I.—¡Claro que lo digo!

ANCIANA II.—Pues no me diga más. Adiós, doña Engracia.

ANCIANA I.—Bay, bay, Torcuata.

Las dos ancianas desaparecen por el lateral derecho, sin

«MORIR DE PLACER» (DRAMA CLINICO)

ANCIANA.—¡Qué barbaridad! Habla como si no existiera la Medicina social. Tanto viajar para después no saber valorar lo que tenemos.

ANCIANA II.—Y usted que lo diga. Al extranjero les mandaba yo. Me han dicho que la gente está tan enferma que en los hospitales operan hasta en los retretes.

ANCIANA I.—No, si como esto, nada.

ANCIANA II.—A veces tiran de la cadena sin darse cuenta, y se les va el enfermo por el sumidero.

ANCIANA I.—Les está bien empleado. Así se darán cuenta de lo que es salir de aquí. Sin ir más lejos, a mí me quitaron un pecho y los dos ovarios y tan ricamente que me encuentro.

ANCIANA II.—¿Pero tenía usted algo?

ANCIANA I.—No, hija; cuestión de traspapeleo de análisis. ¡Pero a ver a quién le operan de todo eso sin cobrarle ni cinco!

ANCIANA II.—Yo me marché, porque aquí no hay quien pare. Los gratuitos ya están otra vez organizando follón. ¡Quieren más camas!

ANCIANA I.—La culpa la tienen las novelas pornográficas que les pasan los días de visita. Ya verá cómo terminan exigiendo cama redonda, y si no, al tiempo. Si me conoceré yo a los enfermos del país.

ANCIANA II.—Es que todo el mundo no es como usted.

dar propina a los camilleros que las han transportado hasta el camión de mudanzas. Desdémona ha seguido la conversación anonadada.

DESDEMONA (aproximándose al puesto de Calderón).—Cómo se está poniendo esto, Calde.

CALDERON.—Dan ganas de coger la barca.

ENFERMERA.—No formen grupos.

CALDERON.—Y que no hay solución; son tan prolíficos... Lo abarcan todo.

DESDEMONA.—Eso no, Calderón. Han ganado sus oposiciones. Lo tuyo es envidia. ¿Por qué no te presentas tú?

CALDERON.—No empieces con tus originalidades, Desdémona; yo no soy médico.

DESDEMONA.—Por eso.

Se produce un gran estruendo.

DESDEMONA.—Los gratuitos ya la están organizando de nuevo.

Hace irrupción en escena una cama a gran velocidad. La tripulará un enfermo, que la impulsa como si se tratara de un patinete.

ENFERMO I.—Otra vez se están

reduciendo camas. Hoy ya se me han metido dos más en la mía. Como esto siga así, la pongo motor y me largo de aquí.

DESDEMONA (recriminando al enfermo I).—¿Y si es para mejorar el servicio ofreciendo más calor a los pacientes? (Para sí misma.) Lo consultaré con Otelo.

Cinco enfermos en camión, que venían persiguiendo la cama, entran en escena, y de un salto se lanzan sobre ella al tiempo que gritan al paciente conductor:

ENFERMO II.—¡A la sala cinco antes de que se llene!

Entra Esculapio al tiempo de ver perderse la cama pasillo arriba. Arrastra una pesada maleta.

CALDERON.—¿Pero cómo es que se marcha, ahora que va a empezar la reforma?

ESCULAPIO.—Mi hermano me ha buscado una cosa en Alemania... Ya me contaréis...

Los coros de la RAI atacan el "Aleluya" en versión para clínicas y sanatorios, mientras el telón va cayendo lentamente.

SIR THOMAS MALLORY

Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. El presente drama ha sido posible gracias a la consulta de los siguientes textos:

Obras completas de Shakespeare.

Código de la Circulación.

«Abril en Sevilla».

Obras de Calderón (particularmente, «La vida es sueño».)

Entrevista a Juan Luis Galiardo en la revista «Fotogramas» (12-V-72).

EL ARCHIVO DE DON CLAUDIO



—¡Pues está el «first» en el «hit parade»!



—¡Qué buen olor! Sólo tiene un siete coma cero tres por ciento de anhídrido sulfuroso.

